
N.º 1.º MIERCOLES 1 DE SETIEMBRE.

ASPERGES I.º

EL CLERIGO MENTOR.

PERIÓDICO LITERARIO, POLÍTICO, RELIGIOSO.

¡PRIMERO DE SETIEMBRE!!

Día de bendición para los alzados! de maldición para los caídos! de indiferencia para los que ni han perdido ni ganado! Y nosotros, á quienes cabe la suerte de empezar la carrera periodística en tan memorable día, ¿cómo le llamaremos? Nosotros, que así manejamos el hisopo para conjurar una nube, como para bendecir á una novia, ¿exorcizamos, ó bendecimos? ocasión es esta de consignar nuestra opinion. De hoy en un año será nuestro aniversario el cumple-años de nuestro nacimiento; y si no le hemos de celebrar entre los muertos, ó como le celebran, ó escescran errantes en naciones estrañas, los que se opusieron al pronunciamiento de setiembre, preciso es

no dar en vago el primer paso, y marcar el rumbo de los siguientes hasta llegar al término deseado: de esto acaso pende en gran parte nuestra suerte.... ¡ó dia de compromiso!.... Mientras nuestras ideas buenas ó malas han estado cubiertas bajo el prolongado manteo, y sin salir del centro del cuatricornio birreto, nada significabamos en este mundo político; mas empeñados en ser de alguna utilidad....

Tales meditaciones ocupaban el ánimo del *Clérigo Mentor* al prepararse á escribir un artículo sobre el *Alzamiento de setiembre*, cuando el sacristan, haciéndose sentir desde el mismo portal con sus descomedidos gritos, fuertes pisadas, y furibundos portazos, le hizo suspender su meditacion para escuchar la embajada del comisionado *in sacris*.

— Sr. yo no puedo con aquella gente: unos quieren que entone mas alto, otros mas bajo: unos que mas deprisa, otros que mas despacio: unos piden el *regen quoniam*, otros el *benedictus*: aquello es un desórden (a), una sublevacion, una revolucion, un belen; ¿que hago Sr? yo no puedo contener aquel motin.—Y tú qué medios has tomado por el pronto? — Por el pronto procuré dar gusto á todos, entonando á un tiempo segun

(a) Esto no sucedia en Madrid, era en el lugar del Sacristan: aqui en Madrid se hacen con mucho orden las revoluciones: asi quedan mas reconocidos y se enmiendan con facilidad los enemigos de la Libertad. y no vuelven á intrigar, ¿verda vd.?

cada uno queria. — Imposible ! — No Sr. no es imposible; porque con unos dedos entonaba muy alto, con otros muy bajo; con una mano corría á todo escape, y con la otra me iba muy despacio y hacía atras, que era lo que ellos querian. — Y en el canto? — Tan pronto iba con los de *requiem*, como con los de *gloria in excelsis*: y queriendo dar gusto á todos. — Y queriendo dar gusto á todos te ha sucedido lo que á los gobiernos débiles, que por amalgamar todos los partidos, se hacen el ludibrio de la generalidad, y se preparan una caída estrepitosa. — A decir verdad, Señor, no ha faltado mucho para que entre unos y otros me echáran por el coro abajo. — Y te hubiera estado muy bien. — No señor, que me hubiera estado muy mal; que al cabo el querer dar gusto no es ningun pecado; y yo no sé que guapo habria, á quien no le temblaran las pantorrillas, y se acomodára á cualquier cosa al verse amenazado de tantos enemigos á la vez. — Al que se propone cumplir los deberes de un hombre público, ni la muerte le intimida.

— Vamos Sr., que en este lance no sé yo lo que haria vd. Su merced me ha mandado que entone hoy el *Te Deum* por el aniversario del Alzamiento de Setiembre: al ejecutarlo me chilla uno por aqui, otro por allá, que sí, que no: que no que sí. — Ola! con que no son todos los que se oponen? — No Sr. son los menos; pero son los que gritan mas, y que parece hacen mas miedo, — Y la fuerza quien la tiene? — Si no he visto mal, la tienen los de la ley, los que quie-

ren el *Te Deum*.—Pues que se cante: y si es menester invocad en vuestro auxilio la fuerza armada, que para eso es, para hacer respetar las leyes; ninguno las huelle impunemente: palo al que quiera mas y al que quiera menos: hisopazos, conjuros, anatemas á cuantos no piensen así, ya sean de los que mandan, ya de los que obedecen.

LA CINTA DE TRES COLORES.

Es justo que las cintas
Adornen nuestros pechos;
Es justo que se ensalcen
De Setiembre los hechos.

Así entraba cantando el Sacristan el 1.^o de Setiembre en la habitacion de su amo, despues de concluido el solemne *Te Deum*. Con ánimo de causarle una agradable sorpresa, habia comprado el dia antes una de las cintas, de las concedidas últimamente por el Gobierno á los que tomaron parte en el glorioso pronunciamiento del año 1840. Para que los colores de ella resaltasen mas en su anchuroso pecho, y para darle mayor realce, habia revuelto el fondo de su baul, y sacado de él sus mas decentes trapitos, no parando hasta acomodarse perfectamente el trage, que estrenado habia el dia de novio. Era de ver un remedo de hombres bajo un enorme sombrero apuntado, con un gran pañuelo al cuello de dilatadas puntas, y envuelto en una chupa de color ceniciento, cuyas posteriores aletas, cayendo

con profusion por bajo de sus riñones, daban á entender que en España se habia disfrutado de la abundancia: sus calzones de raso negro, perfectamente ajustados al muslo, estaban sujetos á las corvas segun antigua costumbre con dos no pequeñas evillas doradas: sus medias de seda de color de carne, perdido su primitivo color y deslucidas, se habian puesto algun tanto amarillentas, y de trecho en trecho mostraban haber sido presa de la roedora polilla; por último, su zapato á la antigua y su baston. Pero en lo que mas esmero habia puesto el Sacristan fue en escoger un chaleco de pana negro, sobre el que pudiesen notarse claramente los colores de su cinta. Efectivamente era así, se dejaban ver á larga distancia, bien que es verdad que no habia andado escaso ni en lo largo, ni en lo ancho de ella.

Apenas el Sacristan con este trage se hubo presentado ante su amo, cuando retozándole la risa en el cuerpo, y sin poderse contener de alegría: exclamó: fuera libros, Señor: fuera escritos, hoy nadie debe ocuparse en materias tan serias, hoy debe bullir todo patriota, hoy se deben lucir las condecoraciones (y decia estas palabras, poniéndose la mano en el pecho) para eso entonces pasamos bien malos ratos (a) con que justo es que ahora tengamos dias de *gaudium*—

(a) En efecto, el Sacristan miliciano nacional de su pueblo, acudió al llamamiento á las armas, y prestó cuantos servicios exigió de él la autoridad local.

mus. Acabó de hablar ; mas como observase que su amo meneaba un poco la cabeza , y que ni por su vistoso traje , ni por su condecoracion , habia dado la mas mínima muestra de sorpresa , algun tanto amostazado de tan estraña conducta , le dijo : Señor , Señor :: que ¿ no es vd. de los del *Pronunciamiento* ?

Ah simplon ! simplon ! dijo el Cura : ah babieca ! que necio eres tú y cuantos se dejan llevar de vanas apariencias ! — Pues que ? no aprueba vd. lo que hicimos en el *Pronunciamiento* de 1.º de Setiembre ? Es vd. de los pícaros moderados ? — No , nada de eso , no desaprucho los pronunciamientos , ni tampoco te importa saber , si soy republicano , ecsaltado , carlista , moderado , ministerial , egoista ó neutral , ó de cualquiera otra clase de opinion : contentate con saber que soy sacerdote , cuyo norte debe ser la caridad , y que también soy español , que á nadie rindo parias en amor á mi patria , y hé aqui el motivo , porque apruebo los pronunciamientos ; pero desaprucho los pocos resultados del *pronunciamiento* para el bien general de la Nacion. Mas ah ! este mal ya es añejo : siempre ha sucedido asi en los pronunciamientos ! — Pues qué , Señor , ha habido mas pronunciamientos que el de Setiembre ? — Ha habido tantos , que la España con mas razon que otro reino alguno puede gloriarse de infinitos , nobles y gloriosos , pero nulos y casi del todo vanos en resultados , y si no escucha.

Apenas los Españoles conocieron que los Fenicios trataban de subyugarlos (que por cierto , bo-

nazos por naturaleza, tardaron bastante en conocerlo) cuando todos á una los acometieron, los destrozaron en diversos encuentros, los arrojaron del territorio español, y pasaron á cuchillo aun á los que en Medina se creyeron seguros en el templo de Hércules. No contentos con esto los Españoles arrojan igualmente á los Rodios, Samios y Focenses, y vindican su libertad é independencia. Y de este sacudimiento generoso ¿cuales fueron las consecuencias? El quedar de nuevo la nacion subyugada, tendiendo incautamente manos amigas á la perfidia Cartaginesa. Hubo entonces tambien un Japeto y esforzados campeones, que humillaron la arrogancia de Maharbal: hubo un Orison y unos ilustres habitantes de Hilice, que sepultaron á Amilcar en las aguas del Guadiana. Hubo despues una invicta Sagunto, morada de la independencia y modelo del heroismo, que hizo conocer á Anibal que para los Españoles es preferible la muerte mas violenta á la esclavitud vergonzosa. ¿Y que ventajas les proporcionó tanto valor? ninguna ciertamente, sino el mudar de dueño, á quien sirviesen, pero no de tirano, que los oprimiese, pues la nacion se encontró subyugada á la soberbia Roma y á sus ambiciosos Cónsules y Pretores. Por entonces tambien ocurrieron los pronunciamientos de Salamanca, Iliturgi, Castulon, Astapa (hoy Estepa): hubo un Indibil, un Mandonio, un Viriato, un Tantamo, una célebre Numancia, sepulcro de los Cónsules Romanos, las invictas Osma y Calahorra, y mil y mil otras, que serán

inmortales en la memoria de los hombres por su civismo y heroicidad? Pero qué lograron con tantos sacrificios? El que si entonces la España solo reconocia por señores á los Romanos, despues, cual víctima, que habia de ser sacrificada, fue entregada sucesivamente al pillage y devastacion de los Francos, Vándalos y Silingos, Suevos, Alanos y Godos. Despues los Sárracenos..... Pero para qué ejemplos tan remotos? en nuestros dias ocurrió el grande, el general, el heroico pronunciamiento del año 1808: en él supo España humillar la arrogancia de las águilas francesas, y obligó al Capitan del siglo á esconder su vergüenza y deshonor al otro lado de los Pirineos; pero por imponderable fatalidad la recompensa de tanto heroismo fue la persecucion, la muerte, los cadalsos. Díganlo si no los patriotas Porlier, Lacy y otros mil. ¿Y qué produjo el del 20 al 23? La infausta decada, en que, merced á la santa alianza y á nuestros vecinos, los ilustrados franceses, se estendió por todas partes la desolacion y orfandad; y si no apelemos al héroe de las Cabezas y otros muchos, que obtuvieron por premio de su patriotismo la túnica del crimen, y por corona de laurel el infame cordel de los delincuentes.

Siguióse despues el general pronunciamiento de los Españoles en defensa de Isabel II. Notorios son á todos, los hechos heroicos, los sacrificios, los esfuerzos sobrehumanos de la España toda. Aun existen las ruinas producidas por los repetidos sitios de la invicta Bilbao: aun se divisa

la negra y densa nube de humo de las llamas que redugeron á pavesas la heroica Gándesa, aun se divisan inequívocos testimonios del valor nunca desmentido de la inmortal Zaragoza. Que estos no produjeron á la Nación los resultados que eran de desear, bien claro nos lo demuestra la necesidad del Pronunciamiento de 1.^o de Setiembre.

¿Y podrán gloriarse los españoles de ser este distinto de los anteriores? ¿Gozan de mayor felicidad en el interior? ¿Son mas respetados en el extranjero? Lo que es hasta el presente, los pueblos gimen bajo el pesado yugo de la indigencia: las clases del estado todo no ven, ni vislumbran un porvenir venturoso: solo hemos visto subir al poder una centena de hombres, que ocupan hoy los puestos, que malamente ocupó otra centena: solo hemos visto adquirir un buen número de millones hombres, que apenas contaban bastante numerario para salir del dia. Y la generalidad de la Nación ¿que premio ha obtenido? Vergonzoso es decirlo, pero indispensable: UNA CINTA DE TRES COLORES.

Asi habló el Clérigo Mentor: su Sucristan, que le habia escuchado con dos palmos de boca abierta, le preguntó con viveza. Señor, ¿la dejo puesta, ó la arranco? No, no la arranques: justo es que honre tu pecho y el de cuantos la han ganado; pero lo que extraño es que los Españoles se contenten con tan poco,

LA DESPEDIDA.

No es á vosotros, amados suscritores, á quienes se dirige el epigrafe de este artículo: el *Clérigo Mentor* no es de complexion tan raquítica, que perezca al impulso del primer albor del día, ni su constitucion es tan débil, que no pueda resistir (salvo alguna enfermedad aguda, ó golpe de mano airada) y sobrevivir al dolor y al contratiempo: acostumbrado (Dios se lo pague á los que á tal estado le han traído) á todo género de intemperie, ni le arrece el rigor del frio, ni le ennegrece el calor del Sol. Su parte fisica y moral, ó lo que es lo mismo, su alma y su cuerpo, se hallan tan identificados, que si la esperiencia agena no le persuadiera de lo frágil de esta union, no creeria que su dissolution ó separacion habia de llegar jamas.

El *Clérigo Mentor* enteramente separado de los demas mortales se creeria inmortal. Por eso no estraña que el orgullo de nuestros primeros Padres se las apostara al mismo Dios en el paraíso. Ya se vé! no habian visto morir á nadie; cercados de placeres, y sus sentidos todos sastifechos á pedir de boca, ¿que estraño es que creyeran que para ser Dioses inmortales no necesitaban mas que hincar el diente á aquella misteriosa manzana, en que pensaran hallar el talisman de la divinidad?

El *Clérigo Mentor* no tiene motivo para ser tan orgulloso; ha visto morir ya á tantos de sus hermanos, y los ha visto finar tan tiernecitos, tan en mantillas, que todos puede decirse han dado el último suspiro aun con la teta en la boca, y sin sufrir las incomo-

tidades de la primera dentición ¡angelitos! ¿qué les había de suceder entregados en tan corta edad ó á despiadadas nodrizas, ó á médicos inespertos, ó á curadores avaros?

Tal ha sido, Suscritores, la condición de los periódicos dedicados á la educación en España: unos por falta de acierto en los que los han escrito, otros por no tener suficiente número de suscripciones, otros por carecer de materiales, y todos porque esta ha sido la voluntad del Señor, han dejado de existir á impulso de la ignorancia, de la ingratitud ó del acaso. Este siglo, en que tanto se pondera la ilustración, será maldito de las edades futuras por lo poco que en realidad es apreciada la instrucción: los encargados de comunicarla, si escriben, no son leídos, ni atendidos cuando enseñan.

Tan melancólicas ideas agitaban al Mentor al lanzar su pecho al agua, al presentarse en la arena, al meterse á periodista «no me arredran empero, dijo, tantas dificultades y mil mas que se presenten; si vivo poco, moriré con el gusto de haber procurado ser útil á mis semejantes en aquello para que creo haber nacido; comunicaré lo que he aprendido en las escuelas en los libros, en la experiencia, ofrecido está el sacrificio, consumase el holocausto» y sin mas reflexionar se dispuso á la partida.

Esta partida, que los de Madrid pueden llamar venida, quiere decir, que este Cura no es un Cura cortesano, sino un Cura de lugar, todo español: este será un defecto para los que todas las cosas, y especialmente las de enseñanza, las quieren á lo parisienso: por eso abundan tanto los eruditos á la violeta.

El *Clérigo Mentor* sumamente apreciado de sus feligreses, hubiera sufrido con gusto todas las incomodidades, que consigo lleva la indigencia, á que se halla reducida esta clase predilecta de la nacion española, hubiera perecido como buen pastor al lado de sus ovejas, á no creerse llamado, como otro Abrahan, por un impulso divino á donde habia de ser mas útil á sus semejantes. Comunicó esta idea con algunos de sus amigos, y por medio de estos, y con sus bien meditadas insinuaciones, (que asi iban pasando de disfrazadas insinuaciones á patentes demostraciones, segun que se aproximaba el término de su marcha) se logró evitar una conmocion popular: porque los pueblos no se privan con facilidad de los clérigos que han merecido su confianza. Alli hubiera yo querido ver á los que no creen en el prestigio y favor que aun tiene el clero en los pueblos: ninguna violencia hubiera sido bastante á arrancarle de medio de sus adorados feligreses; mas pudo la persuasion del Cura, que hubiera podido un regimiento de soldados aguerridos. El pueblo manifestó su conformidad y dolor acompañando á su pastor hasta una y tres horas de camino.

Regresaban los acompañantes, pero no sin volver cien y cien veces la cabeza hácia el objeto que acababan de perder de vista; y á la manera de los que, al volver de enterrar á alguna persona célebre, alivian su dolor y el de sus parientes, trayendo á la memoria las virtudes del difunto; así ni mas ni menos aquellos sencillos aldeanos, caminando en grupos recordaban mutuamente las bellas cualidades, que habian conocido en su Cura; y entonces se publicaron por primera vez muchos actos de beneficencia, que una virtud verdade-

ramente evangélica había cuidadosamente ocultado. Así mutuamente consolándose en la que creían muerte de un verdadero padre, se veían con frecuencia somar algunas lágrimas, hijas de aquella emocion agradable que produce la piedad.

No era tan interesante, pero no por eso dejaba de ser de alguna importancia la despedida del Sacristan; y él mismo, á fuer de mas ignorante, la hizo parecer mas ruidosa: 15 dias antes de su partida ya habia recorrido todas las casas de la vecindad, dando parte de su marcha, y ofreciendo sus servicios en la corte. « Pero ¿qué es lo que le lleva á vd. á Madrid? le decian algunas amigas de saberlo todo; mire vd. que allí todo cuesta un sentido: y al fin y al cabo si fuera vd. solo, pero llevar tambien á las criaturas (a): y mientras viva el Cura, vamos... pero si este falta qué ha de ser de ustedes? A todo esto callaba el Sacristan, pero no sin manifestar con algun gesto y una sonrisa maliciosa que no estaba muy conforme con aquel modo de pensar.

Efectivamente desde que el Cura le insinuo (al Sacristan) su pensamiento de llevarsele á la corte, se le amontonaron tantas ideas de prosperidad y grandeza, que si por una desgracia no hubiera tenido efecto aquella resolucíon, se hubiera muerto de pesadumbre. Mas entre aquellas ideas grandiosas una era la dominante, ¿y saben vds. cual? ni acertarán con ella aunque se den de calabazadas... pues era nada menos que obtener un empleo en la Direccion de estudios. Para

e El Sacristan era viudo y tenia dos hijos, que no dejarán de hacer su papel en este periódico.

él lo mismo hubiera sido aspirar á otro cualquier destino; pero como la conversacion dominante de su amo era la instruccion de la juventud, y como le habia oido quejarse algunas veces de lo poco que se trabajaba en la Direccion, criticar algunas de sus resoluciones, que hacian lo que no entendian, & & creyó el bueno del Sacristan, que en Madrid no habia mas empleados que los de la Direccion de estudios; y que él, que al fin y al cabo ya habia sido maestro de su lugar, con facilidad se persuadió que llegar á Madrid, desbancar al empleado mas gordo, y calzarse con su destino, todo era obra de un instante.

Bueno es que nuestros lectores lleven ya esta idea de nuestro Sacristan, para que no le crean en esta parte tan simple como otro Tirabeque, cuyas miras de ambicion no pasaban de servir á su amo Fr. Gerundio: esta diferencia puede acaso provenir de que el Sacristan no se halla ligado con tantos votos como Tirabeque; y por otra parte la obligacion de Padre le hace mirar las cosas de diferente modo de los que parece no han nacido mas que para sí. Sin embargo creemos que los que han de cooperar á grandes empresas, y que en ellas hayan de hacer algun papel, aunque sea ridículo, siempre deben ser atraídos de miras de algun interes. Damos esta leccion de Epopeya á los que no tienen presente esta circunstancia en sus escritos.

LOS MUCHACHOS HACEN MAS RUIDOSA LA DESPEDIDA DEL
SACRISTAN.

Ya indicamos que habia sido mas ruidosa la despedida del Sacristan; y no podia menos de serlo, pues tenian que mediar en ella niños, y donde estos andan

es imposible falte ruido. Los muchachos, que en momentos de cólera hubieran dado cualquier cosa porque el maestro se muriera de repente, al ver que sin mas ni mas se les marchaba, no dejaron de dar muestras de dolor: no lo extrañamos. La primer señal que de domesticidad dan los animales, es la de agradecimiento; y el hombre animal, aun antes de llegar al uso de las potencias intelectuales empieza, á sonreirse, respondiendo á su modo á las caricias de su madre. El niño al empezar á asistir á la escuela, apenas hace todavía uso de la razon, ni casi tiene otro movíl de sus acciones mas que la gratitud. Esta idea, que se desarrolla en ellos al par de sus potencias intelectuales, adquiere tal consistencia, que se hace indeleble al impulso y roce de las humanas vicisitudes, y al trascurso de la edad: no sucede así con respecto á los sucesos del resto de nuestros años. De aquí es que al paso que con facilidad olvidamos hasta los nombres de los que nos han instruido en conocimientos científicos, jamas se borrarán de nuestra memoria los que nos dieron la primera educacion; y sin ser capaces de otra cosa, los apreciamos generalmente mas que á los demas maestros. Recordamos sus modales, sus cuidados y descuidos, sus virtudes y defectos; mas aquellos defectos (salvo algun exceso de rigor) en tanto quedaron grabados en nuestro ánimo, en cuanto entonces nos parecieron virtudes; y aun las juzgariamos tales, si ulteriores conocimientos no nos hubieran sacado de aquel error: por eso en los pueblos donde no adelanta la ilustracion, se perpetúan las supersticiones, y abusos, que pasan heredados de unos en otros como otras tantas virtudes: el principio de estos males y su continuacion depende de los maestros de prime-

ra educacion: por aquí deben comenzar su tarea los que quieran mejorar las costumbres civiles y religiosas de cualquier nacion.

El Sacristan pues, volviendo á nuestro tema, era extraordinariamente querido de sus discípulos, cosa que ni ellos mismos sabian, hasta que se presentó esta ocasion. No habia casa que no fuese un mar de lágrimas: y las madres, para acallar á los niños, compraron mas dulces en aquel dia que en el del mismo san Roque, que era el patron del lugar. Bien es verdad que el Sacristan, si bien por sus escasas luces no merecia estar al frente de la enseñanza, no dejaba al mismo tiempo de ser de genial tan bondadoso y compasivo, que los niños no echaban menos en la escuela los cuidados de sus madres en ningun género de necesidades: se disputaban las criaturas en la clase el sitio mas cercano á su maestro: y mas de una vez trasladó este dormidos á los niños desde sus rodillas á la cama, donde él dormia: disimulaba fácilmente sus impertinencias: los acariciaba cuando lloraban: los regalaba cuando le daban gusto: jugaba con ellos: en fin, conocia lo que eran niños y lo que necesitaban en aquella edad, que no es poco en un maestro.

El dia de su partida quiso arengar á los niños y darles algunos consejos; mas olvidado de las impertinencias y disgustos con que tantas veces le habian incomodado, en aquel momento solo dominó su corazon la ternura de padre, con que los habia amado siempre, las lagrimas sustituyeron á la palabras y con un mal pronunciado adios, se despidió para siempre.

Editor responsable, A. G. Blanco.

MADRID.

IMPRENTA DE VERGES, calle de la Greda n.º 7.